

Desde Simeón hasta Maxime: motivaciones vocacionales y teológicas de los estilistas de ayer y hoy

From Simeon to Maxime: vocational and theological motivations of the stylites of yesterday and today

Fecha recibido: 12/06/2025 - Fecha publicación: 29/07/2025

David Steven Mendoza Carmona¹

Resumen

Se propone esta reflexión en torno al estilismo primitivo como una fuente de conocimiento en los estudios teológicos de la patrística y como opción vocacional en la actualidad, según el testimonio de Maxime Qavtaradze, un monje cristiano de Georgia que consagró su vida al Señor en la contemplación, la soledad y el silencio desde el año 1993, teniendo su residencia a cuarenta metros de altura en la cima de un monolito natural de piedra caliza en Georgia. Sin pretender abarcar todo el tema, se comenzará haciendo la relación entre el testimonio de Maxime con el de aquellos estilistas que le antecedieron siglos atrás, descubriéndolos como inspiradores de su opción de seguimiento cristiano. En segundo lugar, se analizan, a la luz de estos anacoretas, ciertos aspectos que justifican la profundización de sus vidas y sus obras al interior de la teología patrística hoy. Se culmina con algunas reflexiones, que invitan a continuar investigando a aquellos hombres y mujeres que Maxime intentó imitar fielmente, afirmando la importancia de estos personajes en la vocación de Maxime y del teólogo enfocado en los estudios patrísticos para profundizarlos y extraer de ellos apremiantes conocimientos al interior de sus investigaciones.

¹ Teólogo de la Universidad Católica Luis Amigó; miembro del Semillero de investigación de Teología *Talithá Kumi* (Universidad Católica Luis Amigó, Medellín, Colombia); estudiante de maestría en Teología (Universidad Pontificia Bolivariana). Correo electrónico: mendozacarmona16@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-8551-3671>

Palabras clave: Estilitismo, Anacoretismo, Vocación cristiana, Patrística, Cristianismo primitivo.

Abstract

This reflection explores early Stylitism as a source of knowledge for patristic studies and as a contemporary vocational option, drawing on the testimony of Maxime Qavtaradze—a Georgian Christian monk who has consecrated his life to contemplation, solitude, and silence since 1993, residing forty meters above the ground atop a natural limestone monolith. Without aiming to exhaust the subject, the study first relates Maxime’s testimony to that of the stylites who preceded him centuries earlier, recognizing them as inspiring figures for his choice of Christian discipleship. Secondly, in light of these anchorites, it analyzes aspects that justify deeper study of their lives and works within contemporary patristic theology. The article concludes with reflections encouraging further research into these figures, affirming their importance both for Maxime’s vocation and for theologians engaged in patristic studies, to deepen their legacy and draw pressing insights for modern theological research.

Keywords: Stylitism, Anchoritism, Christian vocation, Patristics, Early christianity.

Introducción

Durante los primeros siglos del cristianismo empezaron a surgir algunas formas de consagración al Señor. A medida que los cristianos iban progresando en el seguimiento a Jesucristo, se fueron configurando con su persona de diferentes modos. Particularmente, se destaca en la Iglesia primitiva el martirio, por medio del cual los creyentes confesaban públicamente la fe ante sus perseguidores, hasta el punto de entregar sus vidas a través del derramamiento de sangre, sin que se midieran las consecuencias. Cuando el cristianismo dejó de ser atosigado en tiempos de Constantino y Teodosio con sus respectivos decretos, los cristianos vieron la necesidad de asumir esa misma disposición de entrega martirial a Dios, y encontraron en la práctica ascética una forma alternativa de perseverar en este propósito, incruenta y a la vez mortificante.

Al tiempo que estas prácticas fueron surgiendo, se creaban los cenobios en las ciudades y en los pueblos, pero también en los montes y en los desiertos de Siria, Antioquía y Mesopotamia, con los anacoretas, como se llamaba a hombres y mujeres entregados a la oración y a la

penitencia, lejos de todo y de todos. Las maneras en que intentaron lograr esta consagración, mediante la mortificación de la mente y de los sentidos, se fueron variando con el pasar de los años; algunas más rigurosas que otras, pero casi siempre en medio del alejamiento de cualquier contacto interpersonal. Una de tantas prácticas, quizás de las más inusuales que tuvo el cristianismo primitivo, se generó a partir del siglo V, y fue precisamente el estilismo, que consistía en vivir encima de la plataforma de una columna, en griego *stylos* (Colombás, 1998), y “que llegó a ser de ocho, diez y quince metros de altura, con uno o dos metros cuadrados de superficie” (Llorca, 1976, p. 597).

El estilismo marcó la vida de los primeros cristianos que vivían de manera relajada su fe a causa de la tolerancia que el cristianismo tuvo por parte del Imperio Romano. Fue el testimonio de vida de estos anacoretas, lo que atrajo a muchos fieles, no solamente a la fe de la Iglesia, sino también al compromiso radical y determinante por el seguimiento discipular a Jesucristo. A ellos se les fueron uniendo miles de discípulos, quienes nunca dudaron en vender sus posesiones y donar el dinero a los más necesitados para que, libres de todo y de todos, se volcaran al desierto a levantar sus pilares y elevar sus miradas hasta donde solamente Dios puede hallarse: en la soledad del cielo.

Estos ilustres anacoretas fueron conocidos por un amplio sector del cristianismo primitivo, entre ellos los mismos Padres de la Iglesia, como Gregorio Nacianceno (c. 329-390), quien menciona a un estilita en uno de sus poemas, dedicados “a otros” (*Patrologia Graeca* (desde ahora PG) 37, 1457A). Hay que destacar que la gran mayoría de los estilistas fueron hombres (Delehay, 1923.1907), aunque algunas investigaciones se han enfocado en demostrar la existencia de mujeres que abrazaron este género de vida en diferentes lugares del Medio Oriente, como el noreste del Asia Menor (Patlagean, 1976; Delehay, 1908).

Con el pasar de los años, el estilismo fue perdiendo vigencia, así como muchas otras prácticas ascéticas en el desierto, principalmente por la configuración que la vida anacoreta fue teniendo a través del monacato, con sus reglas y constituciones, entre las que se destacan las de Pacomio de Egipto, Agustín de Hipona, Basilio de Cesarea, Benito de Nursia y, muy posteriormente, la de Francisco de Asís. Sin embargo, este particular estilo de consagración dejó un sello importante en la historia del cristianismo en Oriente, principalmente por las biografías de los estilistas que hoy se conocen gracias a los testimonios que han perdurado en el tiempo, y que actualizan el interés del pueblo de Dios, por conocer los

rasgos más significativos del estilismo para el presente y para las nuevas generaciones.

Pese a que el estilismo fue un modo extremo de consagración de la Iglesia primitiva, hoy en día sigue cobrando importancia, gracias a Maxime Qavtaradze, un monje cristiano nacido en Georgia, y quien, después de haber vivido por un tiempo de manera disoluta en el mundo, decidió consagrar su vida al Señor en 1993 y durante un periodo de veinte años en una cabaña junto a una capilla y otras edificaciones, ubicadas “a 40 metros de altura sobre un monolito natural de piedra caliza” (Damestoy, 2021). La formación rocosa se denomina *Pilar Katskhi* o *pilar de la vida*, queda cerca de la cordillera del Cáucaso y el río Karshuna, en Katskhi, Georgia; al pie de la roca habita una comunidad religiosa, y hay que mencionar que fue utilizada por otros estilistas hasta el siglo XV, y recuperada “después del colapso del comunismo y el posterior resurgimiento de la religión en Georgia” (Nolan, 2013 [traducción propia]).

El testimonio de Maxime exige profundizar en el estilismo, no solamente como una vocación cristiana, sino como una fuente de conocimiento para los estudios teológicos patrísticos, propósitos que aventuran la presente reflexión. Sin pretender abarcar todo lo que se pueda decir, se comenzará con una relación entre el testimonio de Maxime con el de aquellos estilistas que le antecedieron siglos atrás, descubriéndolos como inspiradores de su opción de seguimiento cristiano. En segundo lugar, se analizan, a la luz de estos anacoretas, ciertos aspectos que justifican la profundización de sus vidas y sus obras al interior de la teología patrística hoy. Se culmina con algunas reflexiones, que invitan a continuar investigando a aquellos hombres y mujeres que Maxime intentó imitar fielmente.

Inspiradores de Maxime en el seguimiento de la vida estilista

No es fácil comprender las causas por las cuales se puede apostar en la actualidad por el modo de practicar la fe de los estilistas, denominados por algunos académicos como “los más extravagantes entre los antiguos ascetas cristianos” (Llorca, 1976, p. 597), por su aparente rareza de género de vida, y que ha llevado a indicar que, si no fuera por las fuentes contemporáneas de primera mano —confiables por demás— podría relegarse este aspecto del cristianismo antiguo al dominio de la fábula (Thurston, 1912).

En el caso de Maxime, es posible identificar sus razones en conexión con las experiencias de aquellos solitarios de la Iglesia primitiva, pues en

ellos encuentra los cimientos de una forma de espiritualidad alternativa para el creyente de hoy. De otro modo, no sería posible pensar en pleno siglo XXI que subir hacia una formación rocosa para orar y mortificar los sentidos sería una alternativa apropiada y hasta normal para quien ha entendido realmente y sin tapujos sobre la mesa, qué es ser cristiano de verdad. El hombre que vive inmerso en lo contingente de la existencia, vería como extraño a su parecer que ciertos individuos hubieran optado siglos atrás por asumir semejante práctica. No es de extrañar que, entre los mismos fieles, tanto laicos como consagrados, se perciba un descontento al escuchar historias de santos viviendo en columnas, sin más techo que las nubes, sin más abrigo que los instrumentos de mortificación, sin más alimento que la Palabra de Dios y sin más lámparas que las estrellas.

Para acercarse al misterio que rodea el estilismo, es necesario despojarse de toda predisposición por concebir como rareza lo que en realidad denota y refleja la creatividad del creyente radical, que ha comprendido quién es Dios, quién es él ante Su Creador, y qué son las cosas en comparación con el gozo de poseer su conocimiento. Asimismo, se requiere abandonar cualquier pretensión por abarcar la experiencia cristiana al solo criterio común del creyente de hoy, tan dado al conformismo en la fe, sin un compromiso concreto con Jesucristo, con la Iglesia, con los necesitados y con el medioambiente. A este fiel le bastará vivir de manera reglada su bautismo, sin mayores consecuencias que le afecten en lo más mínimo, puesto que, entre más tiempo pueda aprovechar para él, mejor será profesar su credo cada domingo en la Santa Misa, sin incidencias en la vida. No fue así para los estilistas de ayer, ni tampoco para los de hoy, quienes, como Maxime, fueron más allá del mero cumplimiento de normas y doctrinas para realizar en sus cuerpos y en sus almas, como propio, el llamado de Dios a vivir y morir para Él.

En una entrevista al periódico británico *Daily Mail*, Maxime comentaba la razón por la cual optó por esta clase de aislamiento espiritual en la cima de un pilar. Él afirmó que necesitaba del silencio, y que allí, en ese ambiente vital, creía experimentar la presencia de Dios. Más aún, consideraba que, en ese lugar, junto a su pequeña capilla reconstruida y su casa de campo a 40 metros de altura, al calor de la oración y la lectura, lograba preparar su alma “para encontrarse con Dios” (Nolan, 2013 [traducción propia]). No le bastaba su habitación, tampoco una montaña y ni siquiera el templo o el oratorio. Creía que, en las alturas, podría hallar la paz que el mundo y sus realidades efímeras le habían negado, y que ahora descubría por el regalo que Dios, a través

de la naturaleza, le proporcionaba: una piedra caliza lo suficientemente elevada para contemplarlo.

Si bien estas intuiciones corresponden a un cristiano que ha podido madurar en la fe y en la opción por el discipulado cristiano, sería tentativo afirmar que no contó con referentes que le iluminaran y le motivaran a llegar hasta la cima de la formación rocosa. ¿De dónde pudo beber Maxime para alcanzar ese grado particular de ascetismo? Sin lugar a dudas de aquellos estilistas que le antecedieron en su búsqueda de la soledad sobre una columna, para estar más cerca de Dios, tanto física como espiritualmente. Muy seguramente se apoyó en el testimonio de Simeón estilista, conocido como “el Mayor” o “el Viejo”. La historia de este monje sirio de finales del siglo IV llega por el testimonio del obispo Teodoreto de Ciro en el capítulo 26 de su obra *Historia religiosa* (PG 82, 1463-1483); en la *Vida griega* (Vgr), compuesta por un aparente discípulo suyo llamado Antonio (*Bibliotheca Hagiographica Graeca* -BHG 682-1683e); en la *Vida siriaca* (Vsir), escrita por los discípulos pocos años posteriores a su muerte (*Bibliotheca Hagiographica Orientalis*-BHO, 1121-1123), y en la *Historia eclesiástica* del historiador Evagrio Escolástico, escrita a finales del siglo VI (2011; Narro, 2019; Palmer, 2014). En estas obras se narra la vida de un hombre nacido en los confines de Siria y Cilicia hacia el año 389, quien, habiendo sido en su juventud pastor, abrazó la vida monástica, pero su extrema y penitencial austeridad lo condujeron a abandonar este género de vida para vivir como anacoreta. En su esfuerzo por separarse del mundo para vivir consagrado a la oración, intenta refugiarse en una cisterna vacía, luego en una celda situada en Antioquía, después atado en un monte cercano con una cadena, hasta que, según Teodoreto de Ciro, “«hizo tallar una columna de seis codos, después otra de doce, más tarde otra de veintidós; la que ahora ocupa» —añade—, «mide treinta y seis codos, pues aspira a volar al cielo y abandonar la morada terrena»” (PG 82; Colombás, 1998, p. 128).

Este trabajo de Simeón por conseguir la contemplación de Dios en la intimidad de la oración es, como se puede apreciar, un camino de inspiración para Maxime. Diría Pablo en Filipenses 3,12 que es la continuación de la carrera por alcanzar a Cristo. Ahora bien, si el apóstol de los gentiles advierte en el mismo versículo que es el mismo Señor quien lo ha alcanzado primero, ¿se puede considerar la vida estilista como una consecuencia del encuentro con el Dios que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5)? En realidad, todo género de vida cimentado en Dios nace de una auténtica experiencia de metanoia, como fruto del reconocimiento

del amor de Jesús en la propia historia. Así lo experimentó Maxime, según narra en su relato:

Cuando era joven bebía, vendía drogas, todo. Cuando terminé en prisión supe que era hora de un cambio. Solía beber con amigos en las colinas de por aquí y mirar hacia este lugar, donde la tierra se encontraba con el cielo. Sabíamos que los monjes habían vivido allí antes y sentí un gran respeto por ellos. (como se menciona en Nolan, 2013 [traducción propia])

Es cierto que la vida y vocación de Simeón el Viejo no parten necesariamente de un cambio radical de vida, así como la de muchos otros estilitas, como la de Lucas, llamado el joven o el Nuevo Estilita, nacido cerca del 879 en la pequeña aldea de Antiokomé de Frigia. Lo que se conoce de su vida llega por una biografía redactada por un discípulo suyo a modo de oración fúnebre (BHG 2239), y donde se cuenta la historia de un monje que, si bien no llevó una existencia más o menos mundana, había nacido en un hogar acomodado, de tradición militar, por lo que fue soldado antes de entrar a la vida monacal. Se hizo sacerdote y capellán del ejército, hasta abrazar la vida eremítica, primero en una caverna, y luego encima de una columna en Constantinopla (Vanderstuyf, 1916).

No obstante, otras biografías de estilitas semejantes a la de Maxime expresan la fuerza del encuentro con Cristo, los cuales, como él, supieron entender la acción de Dios en sus vidas, que les hizo considerar drásticamente su destino hasta llegar a consagrar la existencia entera al Creador sobre un pilar. La historia de la Iglesia primitiva presenta como ejemplo a Nicetas (o Nikita) de Pereslav, un taumaturgo y mártir ruso del siglo XII, quien, habiendo ejercido como un recaudador de impuestos, muy odiado por su pueblo en Pereslav a causa de su dureza con los más pobres y su vida desenfrenada, se convirtió de esas malas costumbres al escuchar durante un servicio religioso el pasaje de Isaías que dice: “purifícaos y lavaos, dejad de hacer el mal y aprended a hacer el bien” (1, 16-17a); desde aquel momento determinó abandonar a su esposa, al resto de su familia y todos sus bienes, retirándose lejos para comenzar a practicar la penitencia, primero en un monasterio y, posteriormente, encadenado y encerrado dentro de un pilar con una túnica de hierro sobre su piel desnuda, siendo asesinado posteriormente por ciertos sujetos que pretendían su prenda de metal (Kirschbaum, 1990).

Frente a estos y muchos otros ejemplos que se puedan encontrar en las biografías de los santos estilitas, hay que hacer la salvedad de que esta vocación particular no se constituye en un esfuerzo moral

por cambiar los vicios por virtudes. La vida del estilita es un llamado de Dios a algunos hombres y mujeres que, como Maxime, cuentan con las condiciones necesarias para corresponder de la mejor manera a las exigencias que trae consigo esta forma de consagración. Entre ellas se cuentan los ayunos prolongados, las vigiliass, la *fuga mundi* y las incómodas posturas corporales, pero también las condiciones deplorables en las que se encuentra el estilita, como las inclemencias de la naturaleza y las limitaciones infraestructurales en que se encuentra la plataforma de la columna. Maxime ha vivido estas realidades, cuando relata: “Durante los primeros dos años no había nada aquí, así que dormí en una vieja nevera para protegerme del clima” (como se menciona en Nolan, 2013 [traducción propia]).

Si en pleno siglo XXI es complejo abrazar una vocación de este calibre, tal vez parecería impensable que, en la antigüedad, pudiera existir este género de vida de manera más rústico, aunque los ejemplos comprueben lo contrario. Uno de ellos es el testimonio de Alipio de Adrianópolis, contemporáneo de Simeón el Menor. Su biografía aparece en dos versiones: una antigua, que data de la primera parte del siglo VII (BHG 65), y otra más tardía, atribuida a Simeón Metafraste (BHG 64; Delehay, 1923). Su etapa de estilita la realiza en la ciudad de Calcedonia, junto al oratorio de Santa Eufemia, y allí, tan rápido como se percató de lo dañino que era para su alma el contacto continuo con la gente, hizo su morada en la parte superior de un pilar. Entre tantos inconvenientes que se le presentaron, se cuenta que intentó protegerse del clima bajo un techo pequeño de madera bastante áspero; tuvo que mantenerse siempre en pie, por el espacio reducido en la columna para acostarse o sentarse, y luchó mucho contra el calor, el frío, el viento y la lluvia, y todo esto en un lapso de tiempo aproximado a cincuenta y tres años (Makarios, 1998).

Sin duda, el cuerpo de aquellos estilitas les fue pasando factura con achaques en sus piernas, enfermedades y otros malestares corporales. Maxime tampoco se escapó de ellos, pero el testimonio de Alipio, Simeón el Viejo, Nicetas y tantos otros estilitas marcaron profundamente su vida espiritual, que se vio identificada con la de ellos, y así se convirtió en un ejemplo para quienes van más allá de lo que se presenta en los libros de historia de la Iglesia antigua, porque también el conocimiento del pasado implica dejarse permear, como él, de las inspiraciones más genuinas de aquellos hombres y mujeres que encontraron en un pilar al autor de la Vida.

Seguramente los estilistas aquí mencionados no fueron los únicos que guiaron a Maxime para encontrar en el estilismo una opción de seguimiento al Señor. Es muy probable que, antes de aventurarse a semejante hazaña espiritual, acudiera a muchas obras que han transmitido de manera íntegra la vida de esos hombres y mujeres capaces de tan ardua empresa. Tal vez le pareció un poco desconcertante esa experiencia. Debíó pasar días enteros en oración, en lectura orante y meditativa de la Palabra de Dios, en acompañamiento espiritual y en continua mortificación y penitencia. Lo cierto es que un día le dijo “sí” al Señor y se decidió de manera resolutiva a subir, pese a las dificultades que encontró arriba del pilar. Su testimonio sigue dando la vuelta al mundo hasta desconcertar a creyentes y no creyentes. En realidad, es el efecto de la interpelación que genera el testimonio de aquellos que viven realmente comprometidos y de cara a Dios sus convicciones religiosas y espirituales, sin otro propósito que serle fiel a Él por encima de cualquier adversidad, no importa de dónde provenga.

Razones para estudiar a los estilistas en la teología patristica contemporánea

En este apartado del artículo se pretende hacer énfasis en la importancia del estilismo para la academia, y particularmente para la teología, sin dejar de lado el valor del testimonio de vida de estos anacoretas, aspecto que fue presentado anteriormente, aunque siempre con la evidente insuficiencia. Es necesario mencionar que las universidades que tienen el programa de teología dentro de sus facultades suelen dar por hecho que la enseñanza de la vida y obra de los estilistas está asegurada en los cursos de patrología o de historia de la iglesia antigua, y esto cuando, en el mejor de los casos, se sabe realmente de su existencia. Desafortunadamente, muchos estudiantes y aún docentes y directivos encargados de enseñar teología, desconocen casi por completo las riquezas de este modo ascético de practicar la fe, así como sus valiosos aportes para el crecimiento espiritual de la Iglesia, tanto la de los primeros siglos como la actual. Es así como el estilismo termina en el olvido, en el desconocimiento, en el detrimento y hasta en el rechazo arbitrario e injustificado, en caso de que la reflexión sistemática, creyente y crítica sobre la fe y la revelación de Dios en la historia se haya dejado permear por los condicionantes sociales, que desenfocan al teólogo de la dimensión trascendente de su quehacer en el mundo contemporáneo.

Un argumento que puede objetarse a la hora de relegar a los estilistas de los estudios teológicos, particularmente en los patristicos, estriba en que estos, aparte de haber llevado una vida bastante particular y hasta extraña para un académico, no aparecen en la lista oficial de los Padres de la Iglesia, por su aparente imposibilidad de ofertar un conocimiento más profundo de la revelación, a comparación de ilustres teólogos, como Agustín de Hipona, Gregorio Magno y el mismo fundador del monacato en occidente, Benito de Nursia. Sin embargo, lo que pareciera una justificación concienzuda, podría interpretarse como un escaso entendimiento de la importancia que estos tuvieron en los primeros siglos del cristianismo. Desde sus respectivas columnas, ayudaron como Maxime a fortalecer y animar la fe verdadera del pueblo de Dios, aún en desarrollo, y supieron, como auténticos faros de luz, orientar a los creyentes para que no se desviaran del camino trazado por el Maestro. Son muchas las contribuciones que, en su momento, dieron a la Iglesia primitiva, y que ameritan su estudio en la teología en general, pero, principalmente, en la teología patristica contemporánea. Por tal motivo, y haciendo por demás justicia a estos anacoretas del pasado y del presente, se tendrán en cuenta algunos de sus aportes en materia de liturgia, defensa de la fe y promoción de la vida monástica.

En primer lugar, los estilistas fueron grandes impulsores del culto cristiano en oriente. Desde la cima de sus columnas presidieron la Eucaristía, pues algunos de ellos fueron ordenados presbíteros, y esto los llevó a tener un cierto compromiso con las comunidades que vivieron cerca de sus pilares, muy a pesar de sus deseos por vivir en la más absoluta soledad. Por esta razón, se vieron en la necesidad de organizar sus momentos de oración y recogimiento para compaginar con el compromiso pastoral. Este contexto, permitió a la gran mayoría de los estilistas, contribuir dentro de la liturgia con su ánimo hacia el pueblo en la alabanza a Dios, y mediante la enseñanza de oraciones y cánticos propios.

Para llegar a este valioso aporte, los estilistas fueron continuos aprendices de los salmos, cuyas estrofas oraban constantemente, recitaban cada día, aprendían y hacían aprender de memoria. Particularmente, hubo uno que, movido por estos himnos bíblicos, se inspiró para enriquecer el culto con nuevas composiciones musicales para adorar a Dios. Se hace referencia aquí a Simeón el Menor o el Joven, para distinguirlo del Viejo. Este monje sirio nació en Antioquía en el 521, fue ordenado sacerdote en el 592 con la sola imposición de manos del obispo desde abajo de la columna, y falleció en ese mismo lugar en el 597. Su vida se conoce a

partir de diferentes biografías, aunque la más antigua, que data de finales del siglo VI, llamada *Vita antiquor*, fue escrita por otro monje, aparente testigo ocular de los acontecimientos de la vida de Simeón (BHG 1689; Van den Ven, 1962). A él se le atribuyen, no solamente varios milagros, sino también la redacción de algunos escritos, entre los que aparecen tratados espirituales (Cozza, 1871), epístolas a los emperadores Justiniano I y Justino II (PG 86, p. II, 3216-3220) y ciertos himnos litúrgicos a modo de troparios, algunos de los cuales todavía se cantan en los ritos de la Iglesia ortodoxa bizantina, y que enseñaba a sus discípulos según las circunstancias. Uno de ellos reza de la siguiente forma:

Los ninivitas conocieron su sepultura por el terremoto que castigó sus pecados; en el milagro saludable de la ballena, el arrepentimiento llama a la resurrección por Jonás; como en aquel tiempo, Cristo Dios, acogiste con compasión el clamor de tu pueblo con sus hijitos y sus rebaños, así perdónanos y ten piedad de nosotros que hemos sido enseñados por tu resurrección al tercer día, porque eres Dios, el Dios de los que se arrepienten, y muestra tu bondad con nosotros; tres veces santo, gloria a ti. (como se menciona en Van den Ven, 1970, p. 106, n. 105 [traducción propia])

Esta oración es una muestra de la capacidad que tenía Simeón de acercar a sus discípulos a la contemplación de las verdades eternas. Aunque sus obras son asequibles para cualquier interesado en el tema, es muy poco lo que se aprovecha de él al interior de la academia, pues casi nunca se le menciona ni se le profundiza. Es necesario seguir reforzando los contenidos que se enseñan dentro de la teología, permeándolos con este tipo de contribuciones, de manera que la ciencia teológica no se quede en el mero uso de la razón, sino que contribuya a que el estudioso contemple las maravillas del Creador y sus máximas a través de los troparios de Simeón.

Los textos de aquellos estilistas que lograron dejar un testimonio escrito, ya sea por mano propia o a través de sus discípulos, son obras bastante ricas en teología ascética y mística. Pero sus contribuciones a la teología católica no solamente fueron en este sentido. Para la patrística y para la teología en general es esencial, no solamente estudiar los manuscritos que pudieron dejar de algún modo, ya sea dentro del culto o con otro propósito, sino entender el papel que jugaron en la consolidación de la fe del pueblo de Dios, en un contexto en que la doctrina de la Iglesia aún era bastante incipiente. Aunque no hubieran escrito abundantes

tratados de teología fundamental o de dogmática, desde sus columnas los estilistas instruyeron a los fieles en las verdades del cristianismo, contrarrestando el influjo de las herejías del momento en el seno de las comunidades.

Entre los pocos estilistas conocidos que estuvieron en la brecha defendiendo la fe, se menciona a Sergio, nacido alrededor del año 700 en Gusit, una ciudad próxima a Antioquía. Allí cerca, tenía su columna, y a él se le atribuye una obra antijudía cristiana, datada entre los años 730 y 770, más conocida dentro de la literatura siríaca como *Disputación de Sergio el Estilista* (Hayman, 1973; Ene, 2021). Pero en el cristianismo primitivo se suele destacar el protagonismo de Daniel. La biografía de este monje sirio fue compuesta por un discípulo suyo, cerca de su muerte en el año 493 (BHG 489; Delehay, 1923; Palmer, 2014). Nació en el año 409, en la aldea de Meratha, cerca de Samosata, en Siria; estuvo vinculado a la vida monástica desde los doce años, y optaría por la vida estilista en los años treinta del siglo V, cuando conoció precisamente a Simeón el Viejo durante un concilio celebrado en Antioquía. Desde ahí, y hasta los siguientes treinta y tres años y tres meses de su vida como estilista, intervendría en algunas cuestiones entre el Estado y la fe de la Iglesia. La más significativa fue el encabezamiento de una rebelión en el año 476 en Constantinopla contra el emperador Basilisco y su política religiosa favorable para los monofisitas, que ponía en peligro la fe cristológica del concilio de Calcedonia, que estableció en el 451 la naturaleza divina y humana en Cristo, así como la coexistencia inseparable de ambas en su persona. Allí el patriarca Acacio contó, no solamente con el apoyo de la población y el clero, sino también con Daniel, quien le pidió permiso para descender de su columna para unirse a la rebelión, consiguiendo la reconciliación entre este y el emperador en Santa Sofía (Palmer, 2014). Su celo por la perseverancia en la fe se veía reflejado en las continuas advertencias que daba a sus discípulos, como la siguiente:

Mantén firme la humildad, practica la obediencia, ejercita la hospitalidad, guarda los ayunos, observa las vigias, ama la pobreza, y sobre todo mantén la caridad, que es el primero y gran mandamiento; mantente estrechamente ligado a todo lo que se refiere a la piedad, evita la cizaña de los herejes. No te separes nunca de la Iglesia, tu Madre; si haces estas cosas, tu justicia será perfecta. (como se menciona en Robertson, 1858, 41-3, 274 [traducción propia])

El testimonio de Sergio y de Daniel es otra constancia de que el estilismo no implicó necesariamente una desconexión y un desinterés por los problemas sociales, políticos y eclesiales del momento. Nada más cierto el hecho de saber que, como Jesús en las noches, los estilitas se prepararon en silencio sobre sus columnas para enfrentar, a la luz de la Palabra de Dios, las adversidades que perjudicaban la fe de los fieles. De este modo, supieron integrar su forma de vivir la fe con el anuncio de la verdadera enseñanza, de un modo arriesgado, pero siempre buscando la defensa de las convicciones de la Iglesia y del bienestar de la gente que confiaba en la sabiduría que brotaba de sus labios, secos por la falta de agua, pero refrescados por el manantial de vida que brota del costado del Señor.

Hasta este momento, es posible afirmar que Daniel, Sergio y el resto de estilitas fueron anacoretas distinguidos dentro del cristianismo, por ser figuras ejemplares en la defensa de la fe y en la promoción de la liturgia oriental. En consecuencia, ganaron algunos seguidores que, si bien no se atrevieron a llegar al nivel de consagrar sus vidas al pie de un pilar como sus maestros y maestras, si se sintieron llamados a compartir su vocación dentro de un monasterio. No fueron pocos los estilitas que fundaron monasterios, algunos retirados de sus columnas, y otros cerca o al pie de la misma, como es el caso de Maxime y la comunidad religiosa que se encuentra en la base del pilar (Nolan, 2013). Es la dinámica que gira en torno a la experiencia del discipulado cristiano en un estilo de vida que suscita un encuentro personal con el Señor, un proceso de conversión y una oportunidad de encontrarse con otros hermanos para emprender la misión a la cual son enviados en la fe. En este caso, los estilitas y sus discípulos han sido llamados para estar a solas con Jesús (cf. Mc 3,14) y para practicar en comunidad sus enseñanzas, de modo que sean ante el mundo, faros de luz que, en el pasado y en el presente, orienten los senderos de aquellos que buscan de manera afanosa respuestas certeras a sus inquietudes internas, las cuales encuentran solución en Aquel que revela el rostro inefable del Padre.

No son pocos los estilitas que se propusieron conformar una escuela del discipulado en torno al Maestro desde el silencio, la vida comunitaria y el trabajo. Aquí basta mencionar un ejemplo para dar cuenta de esta realidad. Entre los antiguos estilitas fundadores de monasterios se menciona a Lázaro del Monte Galesión, del siglo XI, proveniente de la antigua ciudad de Magnesia del Meandro, en Turquía. Su biografía fue escrita por un discípulo suyo, llamado Gregorio el *kellarita*, poco después

de su muerte en el año 1053, y reelaborada por Gregorio II, patriarca de Constantinopla, a finales del siglo XIII. De él se conoce que abandonó la casa natal después de terminar su educación primaria, marchó a Atalia con la intención de convertirse en monje y, años después, fundaría tres monasterios en el monte Galesión, cerca de Éfeso, conformados por celdas individuales, aunque él asumiría la vida estilita, viviendo sobre varios pilares hasta su muerte (BHG 979-980e; Kazhdan, 1991; Greenfield, 2000; Narro, 2019). Fue el ejemplo de vida y las enseñanzas de Lázaro las que contribuyeron a fomentar el monacato, en una época en que se fue suscitando entre los fieles el deseo de consagrar la vida entera a Dios, y así se convirtió en modelo de contemplación, recogimiento y penitencia para quienes adoptaron sus directrices en la configuración de las comunidades que fundó.

Lo expuesto en este apartado, debe llevar a pensar en las gracias teológicas que pueden extraerse de un estudio dedicado sobre la vida y obra de los estilitas; sin lugar a dudas, es posible volver a sus escritos entregados a modo de testamento espiritual y de testimonio, como un legado digno de investigación en la academia. Muchos otros detalles sobre la promoción de la fe, la liturgia y el monacato —que no están en esta reflexión— se pueden encontrar en las biografías de otros estilitas, algunos más conocidos que otros, tanto de oriente como de occidente, aunque de este lado del mundo solamente se conozca a Walfroy de Trier, mencionado en el libro octavo de la *Historia Francorum* de Gregorio de Tours (1974). Son innumerables los conocimientos que estos anacoretas le han regalado, no solamente a Maxime en su opción por la vida estilita, sino a la teología en general, por lo que se requiere profundizar asiduamente en la vida y obra de cada uno, si se quiere hacer una investigación patristica responsable en el presente siglo.

Estudiar a los estilitas no hace parte de una “moda teológica”, en el sentido de que se profundizan en cuanto esté en boga por una tendencia académica, o porque algún teólogo o escuela en particular suscite la investigación. Estos maestros y maestras de la ascética, la mística, la contemplación y la mortificación se constituyen en piezas vitales de la Tradición cristiana, a la par de los Padres de la Iglesia y de los primeros teólogos escritores cristianos, como Orígenes y Tertuliano. Ver en ellos la lucidez de un cristianismo que fue madurando en su apertura a la revelación dada por Jesucristo, significa valorar el estilismo como una escuela teológica de la Iglesia antigua, donde se aprendía a orar, a ser discípulo, a hacer silencio y a buscar incansablemente lo que agrada a

Dios, no solamente desde el rechazo libre y voluntario de los placeres sensuales y superficiales, sino también, a partir de la escucha de su Palabra para llevar a otras personas a la salvación y al verdadero conocimiento de la Verdad (cf. 1Tm 2,4). Esta escuela teológica no ha cerrado sus puertas, y sigue invitando a más cristianos valientes para que, al igual que Maxime, se matriculen sin importar los esfuerzos y sacrificios que esto represente, con tal de perseverar en la columna hasta lograr el título más importante para la vida espiritual y terrenal: la posesión plena de Dios.

Conclusiones

Se han podido presentar los testimonios de aquellos estilitas que han inspirado la vocación de Maxime, y que pueden iluminar el quehacer académico del teólogo enfocado en los estudios patrísticos para profundizarlos y extraer de ellos los conocimientos más apremiantes dentro de sus investigaciones. El camino sigue abierto, no solamente dentro de la academia y las facultades de teología, sino también en el corazón de aquellos creyentes que, como Maxime, se dejen interpelar por el Señor, permitiéndose ahondar en sus compromisos bautismales, para optar por su seguimiento, sea en la vocación que sea, con tal de que nunca falte la radicalidad que Jesús siempre pidió a sus discípulos para que estuvieran con Él de manera auténtica.

Para nadie es un secreto que asumir esta forma de vida espiritual es un desafío que comporta serias dificultades. Lo fue para los estilitas de antaño, pero también para Maxime. Las últimas noticias sobre este monje georgiano indican que, debido al deterioro de su salud, se vio obligado a descender del pilar, pasando el resto de sus días en una de las casas que fue construida debajo de la elevada roca (Damestoy, 2021).

Quien ha tenido la oportunidad de investigar un poco sobre estos personajes, lo ha hecho con el ánimo de indicar que no se puede pasar de largo en los cursos de Patrística y de Historia de la Iglesia Antigua cuando apenas se mencione el estilismo como otro tipo de anacoretismo, a la par de los reclusos, los vagabundos, los pastores y quienes habitaban en grutas, chozas y cavernas (Colombás, 1998). Encima de esas columnas vivían teólogos y teólogas que encontraron en las alturas solitarias, la fuente de la sabiduría, esa que no les fue arrebatada por las contrariedades de la gente, las inclemencias naturales, o las incomodidades corporales, porque supieron entender en el silencio, lo esencial de la Revelación, estar cerca de Dios, tanto física como espiritualmente, en esta vida y en la futura.

Referencias

- Colombás, G. (1998). *El monacato primitivo* (segunda edición). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Cozza L. (1871). *Patrum nova bibliotheca*, vol. 8. Typis Sacri Consilii Propagando Christiano Nomini.
- Damestoy, C. (2021). La excepcional iglesia construida en las alturas por un monje de oscuro pasado. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/la-excepcional-iglesia-construida-en-las-alturas-por-un-monje-de-oscuro-pasado-nid24042021/>
- Delehaye, H. (1907). Saints de Chypre. *Analecta Bollandiana*, 26, 161-301. <https://doi.org/10.1484/J.ABOL.4.02742>
- Delehaye, H. (1908). Les femmes stylites. *Analecta Bollandiana*, 27, 391-392. <https://doi.org/10.1484/J.ABOL.4.01864>
- Delehaye, H. (1923). Les saints stylites. Société des Bollandistes. *Subsidia Hagiographica*. 14.
- Ene D. V., E., (2021). The Symbolism of the Ladder of Spiritual Ascent by St. John Climacus: text and image. *Analele Stiintifice ale Universitatii Alexandru Ioan Cuza, Iași*, 26 (2), 35-61.
- Evagrio Escolástico (2011). *Histoire ecclésiastique*. Éditions du Cerf.
- Greenfield, R. (2000). *The Life of Lazaros of Mt. Galesion: An Eleventh Century Pillar Saint*. Dumbarton Oaks Pub Service.
- Gregorio de Tours (1974). *The History of the Franks* (trad. por Lewis Thorpe). Penguin.
- Gregorio Nacianceno (1862). S. Gregorii Theol. Carminum Liber II. Historica. Sectio II. Poemata quae spectant ad alios. En Jacques Paul Migne (ed.), *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca*, vol. 37, pp. 1452b-1600. Universidad de Harvard.
- Hayman H., (1973). The Disputation of Sergius the Stylite against a Jew. En *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium* (CSCO), Peeters.
- Kazhdan, A. (ed.) (1991). Lazaros of Mount Galesios. En *The Oxford Dictionary of Byzantium*, vol 2, p. 1198. Oxford University Press.
- Kirschbaum, E. (1990). *Herausgegeben von Wolfgang Braunfels, Lexikon der christlichen Ikonographie. Erster bis Achter Band*. Herder.
- Llorca, B. (1976). *Historia de la Iglesia Católica, tomo I: Edad Antigua - La Iglesia en el mundo grecorromano*, 5ta ed. BAC.
- Makarios (1998). *The Synaxarion: The Lives of the Saints of the Orthodox Church*, vol. 1. Holy Convent of the Annunciation of Our Lady.

- Narro, A. (2019). Sueños y visiones iniciáticas en las vidas de los santos estilistas. *Revista de Estudios Bizantinos*, 7, 33-53.
- Nolan, S. (2013). Getting closer to God: Meet the monk who lives a life of virtual solitude on top of a 131ft pillar and has to have food winched up to him by his followers. En *Daily Mail*. <https://www.dailymail.co.uk/news/article-2384040/Maxime-Meet-monk-lives-life-virtual-solitude-131ft-pillar.html>
- Palmer, S. (2014). *La vida sobre una columna. Vida de Simeón Estilita. Antonio. Vida de Daniel Estilita*. Anónimo. Editorial Trotta.
- Patlagean, E. (1976). L'histoire de la femme déguisée en moine et l'évolution de la sainteté féminine à Byzance. *Studi Medievali*, 3, (17.2), 597-623.
- Robertson, J. (1858). *Christian History/History of the Christian Church*, vol. 2. J. Murray.
- Simeón el Joven (1865). Epistola S. Simeonis ad Justinum Juniorem. En Jacques Paul Migne (ed.), *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca*, vol. 86, II, pp. 3216-3220. Universidad de Michigan.
- Société des Bollandistes (ed.) (1909). *Bibliotheca hagiographica graeca (BHG), editio altera emendatio*. Société des Bollandistes.
- Société des Bollandistes (ed.) (1910). *Bibliotheca hagiographica orientalis (BHO)*. Société des Bollandistes.
- Teodoreto de Ciro (1864). XXVI. Symeones. En Jacques Paul Migne (ed.), *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca*, vol. 82, pp. 1463-1483. Universidad de Harvard.
- Thurston, H. (1912). St. Simeon Stylites the Elder. En *The Catholic Encyclopedia*. <http://www.newadvent.org/cathen/13795a.htm>
- Van den Ven, P. (1962). *La Vie ancienne de S. Syméon le jeune (521 - 592)*, vol. 1. Société des Bollandistes.
- Van den Ven, P. (1970). I Vie et conduite de notre saint Père Syméon du Mont Admirable. En *La Vie ancienne de S. Syméon le jeune (521 - 592)*, vol. 2, pp. 1-248. Société des Bollandistes.
- Vanderstuyf, F. (ed.) (1916). *Vie de Saint Luc le Stylite (879-979)*. Éditions Brepols.

ISSN: 2665-4369

Argumenta Biblica Theologica

Revista de Teología y Estudios Bíblicos



Editorial
Uniclaretiana